

De descubrir las huellas de la guerra a dejar una huella en la ciudad: un proyecto de Aprendizaje-Servicio para construir memoria democrática

Elisenda Cartañà Marquès

1. Introducción

La ciudad se explica tanto por aquello que decide recordar como por aquello que decide olvidar. Sus calles, monumentos, edificios y plazas construyen un relato sobre el pasado compartido, pero también lo hacen sus silencios, sus ausencias y aquellos acontecimientos que no llegaron a ocupar un lugar en el espacio público. La memoria urbana no es un reflejo neutral de la historia, sino el resultado de decisiones sociales, culturales y políticas que determinan qué hechos permanecen visibles y cuáles quedan relegados al olvido.

Desde esta perspectiva, el espacio urbano se convierte en una fuente histórica que puede ser observada, interrogada e interpretada críticamente. Leer la ciudad implica comprender que cada plaza, cada nombre de calle, cada monumento y cada ausencia forman parte de una narrativa colectiva construida a lo largo del tiempo. Educar en memoria democrática supone dotar al alumnado de herramientas para analizar esa narrativa, preguntándose quién la construye, a quién representa y qué memorias han quedado excluidas.

El Aprendizaje-Servicio ofrece un marco especialmente adecuado para desarrollar este tipo de experiencias, ya que conecta los aprendizajes escolares con necesidades reales de la comunidad. En el ámbito de la memoria democrática, esta metodología permite que el alumnado deje de ser únicamente receptor de un relato histórico para convertirse en un agente activo capaz de investigar, dialogar con diferentes actores sociales y participar en procesos de construcción de memoria colectiva.

La experiencia que se presenta se desarrolla en el Institut Escola Arts del barrio de Sants de Barcelona, donde el proyecto de Memoria Histórica se integra en la materia de Ciencias Sociales mediante una hora semanal y se articula a través del Aprendizaje-Servicio. Cada curso se inicia con una pregunta abierta que orienta la investigación y la acción comunitaria. Durante el curso 2023-2024, la pregunta planteada fue: ¿Cómo queremos explicar nuestra ciudad?

Esta cuestión invitaba al alumnado a reflexionar sobre cómo la ciudad construye su propio relato histórico, qué memorias permanecen visibles y cuáles han desaparecido del paisaje

urbano. También planteaba una cuestión fundamental: si la ciudad es una construcción colectiva, ¿puede el alumnado participar en la forma en que esta recuerda su pasado?

2. El descubrimiento de una ausencia

El proyecto de Memoria Histórica del Institut Escola Arts de Barcelona se desarrolla a lo largo de todo el curso escolar y ocupa una hora semanal de la materia de Ciencias Sociales en las tres clases de 2.º de ESO. Como se plantea desde la metodología de Aprendizaje-Servicio, el proceso de aprendizaje no finaliza con la adquisición de conocimientos, sino con el diseño y la realización de una acción que responda a una necesidad real del entorno.

Como se ha dicho anteriormente, durante el curso 2023-2024, el proyecto se articuló en torno a una pregunta que acompañaría todo el proceso: ¿Cómo queremos explicar nuestra ciudad?

A partir de esta cuestión, el estudio de la Guerra Española de 1936-39 no se planteó únicamente desde una perspectiva cronológica o política. El objetivo consistía en analizar de qué manera aquel conflicto seguía presente —o ausente— en el paisaje urbano de Barcelona. A lo largo del primer y segundo trimestre, el alumnado trabajó diferentes actividades orientadas a comprender que ocurrió durante la Guerra y cómo el franquismo había impulsado una determinada política de la memoria, silenciando a los vencidos y configurando un relato oficial del pasado. Paralelamente, se analizó el espacio público más cercano al centro educativo: los nombres de las calles, plazas y espacios públicos, los monumentos y otros elementos patrimoniales que, de forma consciente o inconsciente, construyen una determinada narrativa histórica de la ciudad.

Cabe destacar que la diversidad cultural del grupo enriqueció estas sesiones, ya que la mirada de quienes habían llegado desde otros países permitió cuestionar elementos del paisaje urbano que, para buena parte del alumnado, resultaban completamente cotidianos. Preguntas aparentemente sencillas sobre el origen de determinados nombres de calles o sobre la ausencia de referencias a ciertos episodios históricos o colectivos, favorecieron un ejercicio de observación crítica que difícilmente habría surgido de un grupo más homogéneo. Poco a poco, los estudiantes comenzaron a descubrir que la ciudad también educa y que el espacio urbano constituye un relato construido sobre decisiones acerca de qué merece ser recordado y qué permanece en el olvido.

Pero el punto de inflexión del proyecto sucedió durante el itinerario que ofrecía el proyecto *Huellas de la guerra: la ciudad como espacio de conflicto*¹, organizado por el Museu d'Història de Barcelona (MUHBA). El recorrido proponía leer la ciudad como un documento histórico, identificando los vestigios materiales que todavía se conservan de la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista. Sin embargo, el momento que mayor impacto produjo no fue la observación de un resto conservado, sino como se ha dicho antes, la constatación de una ausencia.

Durante la visita, el grupo conoció la historia de la actual plaza de la Catedral. Los educadores del museo explicaron que aquel espacio había estado ocupado por viviendas que fueron destruidas durante un bombardeo y que, tras la guerra, la remodelación urbanística impulsada por el franquismo había transformado completamente el lugar, eliminando cualquier referencia visible a las familias que habían vivido allí. La plaza abierta que hoy forma parte del paisaje cotidiano de Barcelona había sustituido un conjunto de casas desaparecidas y, con ellas, buena parte de la memoria de quienes las habitaron.

Lo que más sorprendió a los estudiantes no fue únicamente conocer ese episodio histórico, sino comprobar que nada en aquel espacio permitía reconocerlo. No existía ninguna placa, ningún panel informativo ni ningún otro elemento que explicara lo sucedido. Los propios educadores señalaron que otras ciudades, como Granollers, habían optado por incorporar al espacio público elementos conmemorativos para recordar bombardeos similares.

Aquella observación provocó un intenso debate al regresar al instituto. Las conversaciones dejaron de centrarse exclusivamente en la Guerra para dirigirse hacia otra cuestión: si aquel hecho había ocurrido realmente, ¿por qué la ciudad no lo explicaba? La pregunta inicial del proyecto comenzó entonces a adquirir un significado mucho más profundo. Ya no se trataba únicamente de estudiar cómo había sido la guerra, sino de comprender cómo las sociedades deciden recordar su pasado y quién participa en la construcción de ésta narración.

Fue en ese momento cuando surgió la primera propuesta de acción comunitaria. Algunos estudiantes plantearon la posibilidad de colocar placas conmemorativas en todos los lugares de Barcelona que habían sido bombardeados durante la Guerra Civil. La idea respondía directamente al impacto que había producido descubrir una ausencia en pleno centro de la ciudad. Sin embargo, aquella propuesta dio paso inmediatamente a una nueva pregunta: ¿por dónde empezar?

¹ Emprems de guerra: la ciutat com espai de conflicte.

<https://www.barcelona.cat/museuhistoria/ca/emprems-de-la-guerra-la-ciutat-com-espai-de-conflicte>

La respuesta llevó al grupo a dirigir la mirada hacia su propio entorno. Si el propósito consistía en contribuir a construir memoria democrática, quizá, antes de pensar en toda Barcelona, el primer paso debía ser descubrir la historia del barrio que habitaban cada día, Hostafrancs.

Investigar el barrio para comprender su historia

La decisión de centrar la acción comunitaria en el barrio de Hostafrancs planteó inmediatamente un nuevo reto. Antes de proponer cualquier actuación era necesario responder a una pregunta aparentemente sencilla: ¿qué había ocurrido realmente en nuestro barrio durante la Guerra Civil de 1936-39?

La respuesta no era tan evidente como el grupo había imaginado. A diferencia de otros episodios ampliamente documentados de la historia de Barcelona, la información sobre los bombardeos sufridos en Hostafrancs aparecía dispersa, incompleta y, en ocasiones, contradictoria. Por eso, la primera tarea consistió en reconstruir ese pasado a partir de las fuentes disponibles.

Para organizar el trabajo de investigación, las tres clases de 2º de ESO construyeron un espacio compartido donde cada grupo iba incorporando las informaciones que encontraba. El objetivo no era únicamente reunir datos, sino también contrastar su fiabilidad. Cada noticia, fotografía o referencia debía ser verificada antes de incorporarse al trabajo común. Más allá del uso de herramientas digitales para facilitar la coordinación entre grupos que trabajaban en horarios distintos, esta primera fase permitió al alumnado enfrentarse a algunas cuestiones fundamentales del trabajo histórico: no toda la información disponible constituye necesariamente una fuente fiable, y aceptar que, en ocasiones, las fuentes disponibles eran insuficientes para responder todas las cuestiones que se planteaban.

Ante esta situación, el grupo decidió ampliar la investigación más allá del aula. Se puso en contacto con dos historiadores vinculados al estudio de la historia local de Sants y Hostafrancs, Agustí Giralt y Joan Sanromà. Ambos respondieron con enorme generosidad, orientando la búsqueda bibliográfica y facilitando referencias documentales que permitieron avanzar en la investigación.

Aquella colaboración supuso un punto de inflexión. El alumnado comprobó que la construcción del conocimiento histórico no es un proceso individual, sino una tarea compartida en la que investigadores, archivos, asociaciones y ciudadanía contribuyen

conjuntamente a preservar la memoria del territorio. En apenas unas sesiones, gracias a las orientaciones recibidas y al contraste de distintas fuentes, el grupo consiguió localizar los cinco impactos de bombas documentados en el barrio de Hostafrancs durante la Guerra.

Sin embargo, conocer la localización de los bombardeos no parecía suficiente. El alumnado quería comprender qué había sucedido en aquellos lugares y quiénes habían vivido aquellos acontecimientos.

Por eso, un grupo de estudiantes se puso en contacto con las emisoras Sants3 Ràdio y Ràdio Hostafrancs, para hacer un llamamiento al vecindario y localizar personas que conservaran recuerdos, fotografías o cualquier otro material relacionado con los bombardeos. La respuesta fue modesta, pero extraordinariamente significativa. Un vecino contactó con el Instituto para explicar que conservaba en su domicilio una bomba que, según le había contado su padre, había sido recogida entre los escombros tras uno de los ataques aéreos. A petición del alumnado, envió una fotografía del artefacto, que años más tarde formaría parte de la documentación incorporada al atril de memoria.

Aunque la búsqueda de testimonios no proporcionó un gran volumen de información, permitió comprender otro aspecto esencial del trabajo con la memoria histórica. No todas las huellas del pasado permanecen en los archivos; muchas sobreviven en las casas, en los relatos familiares o en pequeños objetos cotidianos que únicamente adquieren significado cuando alguien decide preguntar por ellos.

Al finalizar esta fase, el grupo disponía por primera vez de una reconstrucción suficientemente precisa de los bombardeos sufridos por el barrio. La investigación había permitido localizar los lugares afectados, identificar las fechas de los ataques y comenzar a reunir materiales documentales sobre algunos de ellos. Sin embargo, la pregunta que ahora aparecía era distinta. Una vez conocido aquel pasado, ¿cómo podía hacerse visible para el conjunto del vecindario?

Fue entonces cuando la investigación dejó de ser un fin en sí misma para convertirse en el punto de partida de una nueva etapa del proyecto.

De la investigación a la acción colectiva

Al concluir la investigación, el grupo disponía de una reconstrucción suficientemente precisa de los bombardeos que habían afectado al barrio de Sants durante la Guerra Civil. Sin

embargo, el objetivo del proyecto no era únicamente conocer ese pasado. Fiel a la metodología de Aprendizaje-Servicio con la que se había planteado desde el inicio, llegaba el momento de responder a una nueva pregunta: ¿qué podíamos hacer para que aquella historia dejara de ser invisible?

La primera propuesta fue tan ambiciosa como espontánea. Los estudiantes plantearon la posibilidad de señalar todos los lugares de Barcelona que habían sido bombardeados durante la guerra mediante pequeñas placas de memoria. La idea respondía directamente a la impresión que había provocado la visita a la plaza de la Catedral: si la ausencia de señalización había contribuido al olvido de determinados acontecimientos, incorporar nuevos elementos al espacio urbano podía convertirse en una forma de hacer visible esa memoria.

Durante las sesiones de trabajo apareció, sin embargo, una reflexión sobre el alcance real de la propuesta. El proyecto aspiraba a producir una transformación concreta y asumible, capaz de llegar a materializarse. A partir de ese debate, el grupo decidió centrar la acción en el entorno más próximo al instituto: el barrio de Hostafrancs. La investigación realizada permitía identificar cinco impactos de bombas documentados en este barrio, una escala mucho más adecuada para una primera propuesta de intervención.

Con el objetivo de organizar el trabajo, el alumnado se distribuyó en diferentes equipos según sus intereses. La coordinación presentaba una dificultad añadida: el proyecto implicaba a tres grupos de 2.º de ESO que trabajaban en horarios distintos. Por ello fue necesario crear espacios compartidos de trabajo mediante herramientas digitales que permitieran registrar diariamente las tareas realizadas y garantizar la continuidad del proyecto entre unas sesiones y otras. Cada grupo retomaba el trabajo allí donde lo había dejado el anterior, de manera que la documentación sistemática del proceso se convirtió en una condición indispensable para el avance colectivo.

Uno de los equipos continuó profundizando en la investigación histórica. Además de completar la localización de los bombardeos, buscó fotografías y testimonios que permitieran contextualizar cada uno de los lugares donde habían caído las bombas.

Otro grupo asumió la responsabilidad de imaginar cómo debía materializarse el homenaje. Antes de elaborar una propuesta propia, investigó diferentes iniciativas de señalización memorial existentes en otras ciudades europeas. A partir de ese análisis diseñó una llamborda cuadrada inspirada en el panot de Barcelona, representado de forma fragmentada como metáfora de la destrucción provocada por la guerra. En ella figuraban únicamente los años del

conflicto (1936-1939), buscando un diseño sencillo, reconocible e integrado en el paisaje urbano. Paralelamente, este mismo equipo redactó un manifiesto que expresaba la necesidad de recordar aquellos hechos y que, con el paso de los meses, acabaría convirtiéndose en uno de los textos centrales del proyecto.

Un tercer grupo se encargó de explorar una cuestión completamente distinta: ¿qué debía hacerse para que una propuesta ciudadana pudiera convertirse en una actuación pública? Tras diversas consultas, se creó una dirección de correo electrónico específica del proyecto desde la que los estudiantes comenzaron a contactar con responsables políticos del Distrito de Sants-Montjuïc y del Ayuntamiento de Barcelona para explicar la iniciativa y solicitar información sobre el procedimiento necesario para hacerla realidad.

Hasta ese momento, la experiencia había consistido fundamentalmente en investigar el pasado. A partir de entonces comenzaba un aprendizaje diferente. La pregunta ya no era únicamente qué había ocurrido en Hostafrancs durante la Guerra de España de 1936-39, sino cómo podía una propuesta nacida en un aula recorrer los cauces democráticos necesarios para llegar a formar parte de la ciudad.

Aprender democracia participando en la democracia

La búsqueda de información sobre el procedimiento para instalar las placas conmemorativas tuvo rápida respuesta por parte de algunos representantes municipales del Ayuntamiento de Barcelona, que invitaron a una pequeña representación del alumnado a mantener una reunión en la sede del Distrito de Sants. Cuatro estudiantes, acompañados por la profesora responsable del proyecto, presentaron la propuesta y pudieron conocer cuál era el recorrido institucional que debía seguir cualquier iniciativa relacionada con la memoria democrática.

Durante el encuentro se les explicó que la propuesta debía presentarse, en primer lugar, ante la Mesa de Memoria del Distrito de Sants-Montjuïc. Si obtenía el apoyo de este órgano participativo, sería elevada posteriormente al Pleno del Distrito y, finalmente, al Ayuntamiento de Barcelona, donde deberían valorarse tanto su interés memorial como su viabilidad técnica. Los representantes municipales también les advirtieron de que se trataba de un procedimiento largo y que, si todo avanzaba favorablemente, probablemente los propios estudiantes no verían materializada la propuesta hasta varios años después.

Aquella reunión supuso un aprendizaje difícil de reproducir dentro del aula. Por primera vez, el alumnado comprendía que las transformaciones del espacio público no dependen

únicamente de las buenas ideas, sino también de procedimientos, consensos y tiempos institucionales. La democracia dejaba de ser un contenido curricular para convertirse en una experiencia vivida.

Con el curso ya próximo a finalizar, el grupo decidió que la propuesta no podía esperar pasivamente su recorrido administrativo. Si querían solicitar la instalación de las placas conmemorativas, consideraban importante explicar previamente al vecindario por qué aquel recuerdo merecía ocupar un lugar en las calles de Hostafrancs.

Para ello, y para cerrar el proyecto en aquél curso escolar, elaboraron cinco placas conmemorativas de papel, reproduciendo el diseño que habían creado durante el proyecto, y organizaron un pequeño recorrido por los cinco edificios donde habían impactado las bombas. En cada uno de estos lugares colocaron simbólicamente la placa con cinta adhesiva, leyeron un manifiesto redactado por el propio alumnado y explicaron a los vecinos el sentido de la iniciativa.

Aquel manifiesto adquirió entonces una nueva función. Dejó de ser únicamente el texto con el que cerrar el proyecto escolar para convertirse en el punto de partida de una recogida de firmas de apoyo a la propuesta. Los estudiantes invitaban a los vecinos y vecinas a sumarse a la petición que posteriormente presentarían ante la Mesa de Memoria del Distrito. Más allá del número de firmas obtenidas, la acción permitió transformar un trabajo realizado en el instituto en una conversación compartida con el barrio.

La Mesa de Memoria se celebró durante el mes de julio, una vez finalizado el curso escolar. A pesar de encontrarse ya de vacaciones, varias alumnas participaron en la sesión para presentar personalmente el proyecto. Fue en ese espacio donde los técnicos municipales plantearon una modificación importante. Aunque valoraban muy positivamente la iniciativa, explicaron que la instalación de cinco placas conmemorativas resultaba difícilmente compatible con los criterios de señalización patrimonial de la ciudad de Barcelona. Como alternativa propusieron concentrar toda la información en un único atril de memoria y situarlo en uno de los lugares bombardeados, desde el que pudiera explicarse el conjunto de los ataques sufridos en el barrio.

Tras debatir la propuesta, el alumnado decidió aceptarla. La forma de la intervención cambiaba, pero no su finalidad. El objetivo seguía siendo exactamente el mismo que había dado origen al proyecto: impedir que aquellos bombardeos continuaran formando parte de un pasado invisible. La experiencia permitió comprender que la participación democrática no

consiste únicamente en defender una idea inicial, sino también en aprender a reformularla mediante el diálogo para hacer posible su realización.

Sin apenas ser conscientes de ello, estaban desarrollando competencias poco habituales en la educación secundaria: hablar en representación de un colectivo, argumentar una propuesta ante instituciones públicas y participar en espacios de deliberación ciudadana.

Del proyecto escolar al compromiso ciudadano

Tras la reunión de la Mesa de Memoria, la propuesta continuó su recorrido institucional. Durante los meses siguientes fue aprobada sucesivamente por los diferentes órganos municipales hasta recibir la validación definitiva por parte del Ayuntamiento de Barcelona. El proyecto iniciaba así una nueva etapa, marcada por el desarrollo técnico del futuro espacio de memoria.

A comienzos del curso 2024-2025, el Instituto recibió la confirmación oficial de la aprobación de la propuesta. Junto a esta noticia llegaba una petición inesperada: el Ayuntamiento solicitaba la colaboración del alumnado para elaborar los contenidos del futuro atril de memoria. Quienes habían impulsado la investigación eran invitados ahora a redactar el texto que acompañaría la señalización, elaborar el mapa de los bombardeos y seleccionar las imágenes que formarían parte del soporte expositivo.

La situación era muy diferente a la del curso anterior. El alumnado ya cursaba 3.º de ESO y la profesora que había acompañado el proyecto durante su desarrollo inicial ya no era su docente. Tampoco existía ninguna actividad evaluable vinculada al trabajo pendiente. La continuidad del proyecto dependía exclusivamente de la voluntad de quienes decidieran seguir implicándose.

Fue entonces cuando la experiencia adquirió una dimensión inesperada. Un grupo de estudiantes decidió continuar reuniéndose voluntariamente durante algunas tardes y aprovechando horas de guardia para completar el trabajo iniciado el año anterior. Recuperaron la documentación elaborada en 2.º de ESO, revisaron nuevamente las fuentes históricas, redactaron el texto definitivo del faristol, elaboraron un mapa con la localización de los bombardeos y tradujeron todos los contenidos al catalán, castellano e inglés.

Este momento supuso un cambio cualitativo en la naturaleza del proyecto. Hasta entonces podía interpretarse como una experiencia de aprendizaje desarrollada en el marco de una materia curricular. A partir de ese momento, el proyecto dejó de sostenerse sobre la lógica escolar para hacerlo sobre el compromiso adquirido por el propio alumnado. La continuidad

ya no dependía del calendario académico ni de la evaluación, sino de la responsabilidad asumida por quienes habían decidido llevar la propuesta hasta el final.

La confianza depositada por el Ayuntamiento desempeñó un papel fundamental en esta nueva etapa. Las instituciones no solo habían escuchado una propuesta formulada por estudiantes de educación secundaria, sino que les reconocían la capacidad de asumir una responsabilidad real dentro del proceso de construcción de un nuevo espacio de memoria. El texto que estaban redactando no sería un ejercicio escolar, sino un documento destinado a permanecer durante años en el espacio público para explicar a la ciudadanía un episodio de la historia de Hostafrancs.

El contenido elaborado por el alumnado reconstruía cronológicamente los tres bombardeos sufridos por el barrio entre 1937 y 1938, contextualizaba los ataques y localizaba los edificios afectados. El faristol incorporaba además un mapa con los diferentes puntos bombardeados y documentación gráfica obtenida durante la investigación, entre la que destacaba la fotografía de una bomba conservada durante décadas por un vecino del barrio.

La elaboración del contenido del atril permitió cerrar el proceso iniciado el curso anterior con la pregunta: ¿cómo queremos explicar nuestra ciudad? La respuesta ya no se encontraba únicamente en los conocimientos adquiridos sobre la Guerra Civil, sino también en la experiencia vivida durante todo el recorrido. El alumnado había descubierto que la memoria democrática no se limita a estudiar el pasado, sino que también implica asumir la responsabilidad de decidir cómo ese pasado será recordado por las generaciones futuras.

Devolver la memoria al barrio

La construcción del atril se prolongó durante varios meses, por lo que su inauguración no pudo celebrarse hasta el curso 2025-2026. Para entonces, el alumnado que había iniciado el proyecto cursaba ya 4.º de ESO y se encontraba en disposición de culminar un proceso educativo iniciado tres años antes.

La elección del lugar y de la fecha no fue casual. El atril se instaló en la calle Vilardell, junto al número 23, donde una bomba había impactado la tarde del 31 de diciembre de 1938. Se escogió el mes de diciembre precisamente para recordar aquel bombardeo ocurrido en la víspera de Año Nuevo y vincular el acto con uno de los episodios más impactantes que el alumnado había investigado a lo largo del proyecto.

La preparación de la inauguración permitió ampliar nuevamente la dimensión comunitaria de la experiencia. Lo que había comenzado como un proyecto desarrollado desde la materia de Ciencias Sociales terminó implicando a buena parte del Instituto Escuela y a diferentes agentes culturales y educativos del entorno.

Desde el itinerario de Educación Visual y Plástica se diseñó el cartel de difusión del acto. Con la colaboración del periodista y profesor universitario Alfred Picó y desde la materia de Lengua Catalana se elaboró una nota de prensa que fue enviada a diferentes medios de comunicación. Paralelamente, el alumnado preparó las intervenciones que conformarían el acto inaugural.

Al tratarse de un Instituto Escuela, se consideró especialmente significativo incorporar también al alumnado de Educación Primaria. Las docentes de música, en colaboración con el proyecto Vincles del Palau de la Música, prepararon la interpretación de *El canó de Palamós*, con 4rt y 5º de primària, mientras que desde Secundaria y el proyecto Rocking se trabajó la canción *Cant de lluita*, del grupo Roba Estesa, interpretada durante el acto por alumnas de 4.º de ESO.

Las tres clases de 4.º prepararon intervenciones complementarias que permitían explicar el sentido del proyecto desde diferentes perspectivas. Un grupo reconstruyó el proceso seguido desde la investigación inicial hasta la aprobación municipal de la propuesta. Otro dio voz a niños y niñas que habían vivido los bombardeos mediante la lectura de testimonios históricos. El tercero presentó un manifiesto colectivo sobre la importancia de conservar y transmitir la memoria democrática.

De este modo, la inauguración dejó de ser únicamente la presentación de un nuevo elemento patrimonial para convertirse en un acto de memoria compartida entre escuela, instituciones y barrio. El alumnado no se limitó a explicar el resultado del proyecto; devolvió a la comunidad el conocimiento construido colectivamente durante tres años de investigación, diálogo y participación.

El Manifiesto, más allá de constituir el cierre simbólico del proyecto, permite identificar algunos de los aprendizajes que los propios estudiantes consideraban más relevantes tras tres años de trabajo.

«Este faristol no es solo una placa informativa. Es una voz que explica lo que ocurrió, un espacio para detenerse y pensar, y una herramienta para que los jóvenes comprendamos que la guerra no es un hecho lejano ni abstracto, sino una realidad que

afectó directamente a nuestros barrios y a nuestra gente.» situando el sentido de la iniciativa no como un acto de clausura, sino como el inicio de un compromiso colectivo con la memoria. Así como una conexión explícita entre memoria democrática y ciudadanía «Vivimos en una sociedad en la que, lamentablemente, vuelven a crecer los discursos de odio, la intolerancia y el fascismo. Frente a ello, la memoria se convierte en una herramienta de defensa colectiva.» Finalmente, el texto concluía reivindicando el compromiso adquirido durante todo el proceso: «Que este lugar sirva para que los jóvenes tomemos conciencia, hagamos preguntas y alcemos la voz para decir bien alto: nunca más una guerra, nunca más el fascismo, nunca más el olvido.»

Estos fragmentos muestran que el aprendizaje construido por el alumnado trascendía ampliamente la adquisición de conocimientos históricos. La memoria democrática aparecía vinculada a valores como la responsabilidad, la participación, el compromiso cívico y la defensa de la convivencia democrática.

En este sentido, la experiencia permite sostener que los jóvenes aprenden que la democracia existe cuando descubren que sus instituciones no sólo escuchan sus propuestas, sino que también les confían responsabilidades reales en la construcción del bien común.

3. Reflexiones.

La memoria democrática como una construcción colectiva. La experiencia desarrollada en Hostafrancs invita a comprender la memoria democrática como un proceso vivo de construcción colectiva y no únicamente como un contenido histórico que debe transmitirse en las aulas. A lo largo del proyecto, el alumnado estudió los bombardeos sobre Barcelona y las consecuencias de la Guerra, pero también descubrió que el espacio urbano constituye un relato en permanente construcción. Calles, monumentos, plazas o edificios no son únicamente elementos patrimoniales: expresan las decisiones que una sociedad adopta sobre aquello que considera digno de ser recordado.

La pregunta inicial —*¿Cómo queremos explicar nuestra ciudad?*— permitió iniciar este proceso de reflexión desde el análisis del entorno más cercano. Sin embargo, el propio desarrollo del proyecto hizo emerger una cuestión de mayor profundidad: ¿quién tiene derecho a explicar la ciudad? Esta pregunta no fue planteada inicialmente por el profesorado, sino que surgió de manera natural cuando el alumnado pasó de analizar la memoria existente a intervenir activamente en su construcción.

El proceso de investigación, el diálogo con historiadores locales, la defensa de la propuesta ante las instituciones y la posterior redacción del texto del atril permitieron comprender que la memoria democrática no pertenece exclusivamente al ámbito académico o institucional. También puede construirse desde la ciudadanía cuando existen espacios reales de participación y una voluntad compartida de preservar el patrimonio democrático.

Desde esta perspectiva, el proyecto pone de manifiesto que la educación en memoria democrática puede ir más allá de la transmisión de conocimientos sobre el pasado. Puede convertirse en una oportunidad para que el alumnado comprenda que las decisiones sobre qué recordar y cómo hacerlo continúan tomándose en el presente y que ellos mismos pueden participar, de manera responsable, en esa construcción colectiva.

De la participación simbólica a la responsabilidad compartida. Uno de los aspectos más relevantes de la experiencia fue la transformación progresiva del papel del alumnado. El proyecto comenzó como una propuesta de aprendizaje desarrollada en el marco de una materia curricular, pero terminó convirtiéndose en una experiencia de participación ciudadana con consecuencias reales sobre el espacio público.

Esta diferencia resulta especialmente significativa si se compara con otras formas habituales de educación para la ciudadanía. Con frecuencia, la escuela propone simulaciones que permiten comprender el funcionamiento democrático mediante elecciones, debates o parlamentos escolares. Estas actividades poseen un evidente valor pedagógico, pero se desarrollan en escenarios diseñados por la propia institución educativa. En este caso, por el contrario, el alumnado participó en procesos reales de deliberación con la administración, defendió públicamente su propuesta, aceptó su reformulación tras el diálogo con los responsables municipales y asumió la responsabilidad de redactar el contenido del futuro espacio de memoria.

La confianza del Ayuntamiento en el proyecto y el alumnado, al cual se le interpelló como un ciudadano más, otorgó al proyecto una dimensión educativa excepcional. Dotó de autenticidad la experiencia y convirtió el aprendizaje en una forma real de participación ciudadana. Esto incentivó al grupo a seguir trabajando más allá del marco escolar, sin espacio de materia curricular ni obligación académica.

Profesorado y estudiantes continuaban compartiendo un mismo objetivo, pero la naturaleza de esa relación había cambiado: ya no respondía a la lógica escolar, sino a una responsabilidad asumida conjuntamente para culminar un proyecto que consideraban valioso para el barrio.

La comunidad como agente educativo. Uno de los aspectos más significativos del proyecto fue comprobar que la educación en memoria democrática no puede entenderse como una tarea exclusiva de la escuela. Aunque la iniciativa nació en el aula, su desarrollo solo fue posible gracias a la implicación de una amplia red de personas e instituciones que asumieron, de manera más o menos consciente, una función educativa compartida.

El Itinerario propuesto por el MUHCBA, historiadores locales que orientaron la investigación, emisoras de radio que ayudaron a localizar testimonios, vecinos y vecinas que compartieron recuerdos y documentos familiares, técnicos municipales que explicaron los procedimientos administrativos, representantes políticos que acompañaron la tramitación de la propuesta, profesionales de la comunicación, entidades culturales y profesorado de diferentes etapas educativas contribuyeron, cada uno desde su ámbito, a construir una experiencia de aprendizaje que trascendía claramente los límites del centro escolar.

Esta colaboración no respondió a una suma de intervenciones aisladas, sino a una auténtica comunidad educativa ampliada. Cada uno de estos agentes aportó conocimientos, recursos o espacios de participación que permitieron al alumnado comprender que la construcción de la memoria democrática constituye una responsabilidad compartida.

En este sentido, la experiencia pone de manifiesto el potencial educativo de las alianzas entre centros educativos, instituciones públicas y tejido asociativo. La memoria democrática deja así de presentarse como un contenido curricular para convertirse en una práctica social que solo adquiere pleno sentido cuando se construye colectivamente.

Educar para el futuro de la memoria. Aunque el proyecto tuvo como punto de partida un episodio histórico ocurrido hace más de ochenta años, sus principales aprendizajes se orientaron hacia el presente y el futuro. El objetivo nunca fue únicamente conocer qué ocurrió durante los bombardeos de Hostafrancs, sino comprender por qué resulta necesario seguir recordándolos y quiénes asumen hoy la responsabilidad de mantener viva esa memoria.

En este sentido, el atril representa mucho más que el producto final de una experiencia de Aprendizaje-Servicio. Constituye un legado material que permanecerá en el espacio público durante los próximos años, recordando a vecinos y visitantes unos hechos que habían quedado prácticamente invisibilizados. Sin embargo, quizá el legado más relevante sea de carácter educativo. El alumnado descubrió que también podía contribuir, de forma responsable, a la construcción del patrimonio memorial de su ciudad y que las decisiones colectivas sobre qué recordar continúan tomándose en el presente.

En un contexto en el que con frecuencia se habla de la desafección democrática de las generaciones jóvenes, esta experiencia ofrece una perspectiva diferente. Cuando se les ofrecen espacios reales de participación, cuando sus propuestas son escuchadas y cuando las instituciones les confían responsabilidades auténticas, los jóvenes responden con compromiso, perseverancia y sentido del bien común.

De este modo, la experiencia permite entender la educación en memoria democrática no solo como una herramienta para conocer el pasado, sino también como una oportunidad para formar ciudadanos capaces de participar activamente en la construcción de una sociedad más democrática. Porque la memoria no se conserva únicamente recordando lo que ocurrió; también se protege cuando las nuevas generaciones descubren que pueden participar en la forma en que ese pasado será explicado y transmitido en el futuro.

3. Conclusión

Al comenzar el proyecto, el alumnado se preguntó cómo quería explicar su ciudad. Tres años después, una pequeña parte de esa explicación formaba ya parte del paisaje urbano de Hostafrancs.

El atril inaugurado en diciembre de 2025 constituye la huella material de ese proceso y seguirá recordando durante años los bombardeos que sufrió el barrio durante la Guerra Civil Española. Sin embargo, el principal legado de la experiencia no reside únicamente en ese nuevo espacio de memoria. Reside también en el aprendizaje compartido por un grupo de jóvenes que descubrió que la memoria democrática no es un relato acabado que las generaciones adultas transmiten a las siguientes, sino una construcción colectiva en la que ellos también pueden participar.

A lo largo del proyecto, el alumnado comprendió que la ciudad se explica tanto por aquello que decide recordar como por aquello que decide olvidar. Pero también descubrió que esa

explicación no es neutra ni definitiva. Detrás de cada placa, de cada monumento, de cada nombre de una calle o de cada espacio de memoria existen decisiones colectivas sobre qué historias permanecen visibles y cuáles corren el riesgo de desaparecer.

Quizá por ello, la pregunta con la que comenzó el proyecto terminó transformándose en otra mucho más profunda: ¿quién tiene derecho a explicar la ciudad? La experiencia permitió comprender que esa responsabilidad no pertenece exclusivamente a las instituciones, a los historiadores o a los especialistas. En una sociedad democrática, también puede ser asumida por una ciudadanía que investiga con rigor, dialoga con su comunidad y participa responsablemente en la construcción del bien común.

La experiencia comenzó invitando al alumnado a descubrir las huellas que la Guerra Civil había dejado en Barcelona. Terminó demostrando que ellos también podían dejar una huella: no sobre el pasado, sino sobre la forma en que la ciudad decide recordarlo. **No cambiaron la historia de Hostafrancs; cambiaron la historia de cómo Hostafrancs recuerda su historia.**

